

LA FLAUTA DE HIERRO (ALGUNOS KÔANS ZEN)

Diego Ruiz-Castizo Calero
(reseña bibliográfica en números anteriores)

CENT
KÔANS ZEN
COMMENTÉES PAR
NYOGEN SENZAKI



MANJUSHRI ATRAVIESA LA PUERTA

Un día, Manjushri se encontraba ante la puerta de la sala de meditación cuando Buda le llama:

- Manjushri, Manjushri ¿por qué no entras?

- No veo ninguna puerta ¿por qué debería entrar? - respondió Manjushri.

Lo que acabamos de leer es una pequeña anécdota considerada como un kôan perteneciente a la tradición zen; un kôan que nos deja perplejos, ciertamente. Pero, ¿qué son los kôans? Los kôans, ya se trate de una anécdota, de un pequeño relato o, incluso, de una frase escueta, son propuestas que un maestro zen plantea a su discípulo para ensanchar su comprensión del camino espiritual con el que se ha comprometido.

Veamos la explicación de la anécdota que nos da Nyogen Senzaki, un maestro zen que impartió sus enseñanzas en California durante la primera mitad del siglo XX: "Manjushri no percibe nada que esté separado del zendó o sala de meditación: "dentro" y "fuera" son simplemente términos de comparación. En última instancia, Manjushri no oye nada, no ve nada, no toca nada, no huele nada, no gusta nada, no piensa nada, pero se dirige con gracia hacia su sitio dentro del zendó y se sienta. ¿Qué puedo yo hacer sino mostrar mis respetos a una persona que hace gala de tal libertad? Aprendemos la diferencia

y no lo que de común hay en las religiones. Cegados por nuestras ilusiones, nos fabricamos una puerta de vez en cuando para percibir cualquier cosa que queda fuera. Oímos, vemos, sentimos y pensamos desde nuestro punto de vista egocéntrico. Hablamos de fraternidad universal, pero no comprendemos el principio de ello. El mundo necesita de un Manjushri, no de un mesías o de un profeta. ¿Pero, quién es Manjushri? Manjushri simboliza la sabiduría de Buda: cabalga un león, superando el mundo de las ilusiones y cortando con su afilada espada los nudos que traban nuestra liberación. Según algunos budistas, Manjushri fue un discípulo de Buda, del Buda Shakyamuni. Los que practican el zen deben encontrar a Manjushri dentro de ellos mismos."

La respuesta a un kôan no se encuentra dentro del plano conceptual; los kôans se sitúan por encima del campo de lo racional, y su comprensión se produce a medida que nos internamos en el camino del zen. Hay una frase que repiten con frecuencia los entrenadores de la PNL (Programación Neurolingüística): "el mapa no es el territorio", queriendo dar a entender que la realidad que construimos en nuestra mente no es más que la representación que de ella nos permite el filtro de nuestros sentidos. Sin embargo, la intención del kôan es llegar a la visión de la realidad tal cual es, no tal como nuestro intelecto la concibe. No cabe duda de que los epistemólogos se echarán las manos a la cabeza ante tal pretensión; sin embargo, esa parece ser la finalidad de los kôans. Steve Hagen, maestro zen americano y traductor de numerosos kôans, afirma lo siguiente: "el intelecto construye modelos de la realidad, jamás la realidad misma. Es aquí donde está el problema: tomamos nuestras construcciones mentales por la realidad misma; pero la realidad está delante de nosotros, y nosotros no estamos separados de ella. Si pudiéramos darnos cuenta de ello, nos liberaríamos de un gran peso; ya no nos encontraríamos desconcertados ante la vida... Cada kôan es un dedo que apunta hacia la realidad, hacia lo que se encuentra justo aquí y ahora; la realidad es enteramente accesible a todos y en todo momento".

Bueno, sea como fueren los kôans, enigmas, paradojas, galimatías o la realidad misma, os presento a continuación algunos, tomados de una recopilación de Genrô, un maestro japonés del siglo XVIII, comentados por Nyogen Senzaki, el maestro que enseñó el zen en California durante medio siglo.

EL POEMA DE LI-HI

Li-hi, que vivió treinta años en el monte Seu-hou, escribió un día este poema:

***“He vivido treinta años en el monte Seu-hou,
contentándome con una comida frugal dos veces al día,
ejercitándome en escaladas abruptas y regresando a mi choza.
Nadie entre mis semejantes me reconocería.”***

Comentario de Nyogen

De la misma manera que un pájaro vuela libremente en el cielo, el monje zen debe vivir sin dejar rastro. Buda dice: “Porque vive tranquilo y en paz consigo mismo, los hombres reverencian al monje. Él debe librarse de todas las ataduras. Un monje que se rodea de amigos y de admiradores es semejante a un árbol solitario en el desierto sobre el cual se reúnen los monos y los pájaros”. Y Lao-Tse añade:

*Debido a que el virtuoso adopta
la táctica del no-hacer
y practica la enseñanza sin palabras,
todas las cosas del mundo
surgen sin su intervención.
Él produce sin apropiarse de nada,
actúa sin esperar nada;
realizada su obra,
no queda dependiente de ella,
y debido a que no depende de ella,
su obra permanece.*

El maestro de nuestra historia quería vivir de esta manera. Toda persona que realiza una gran obra es deudora respecto de sus semejantes. Este monje vivió treinta años en una montaña comiendo frugalmente y ejercitándose en la escalada de paredes abruptas. Su vida es irreprochable y él se siente satisfecho. Su vida cotidiana es un ejemplo continuo de la vía budista. ¿Qué necesidad tiene del reconocimiento de los demás?

Apostilla de Genrô

*Cuando la pendiente es empinada,
él la sube;
las nubes blancas son las compañeras
de su libre esparcimiento;
en su sosiego
él disfruta de una felicidad permanente.
Sólo los discípulos del zen conocen tal gozo.*

(“Cien koans zen”, de Nyogen Senzaki)

SIUE-FENG VE SU NATURALEZA DE BUDA

Un día un monje pregunta a Siue-feng:

Yo comprendo que una persona en estado ascético pueda percibir su naturaleza de Buda como la luna en plena noche y que otra persona en estado de iluminación pueda percibir su naturaleza de Buda como el sol en pleno día. Pero vos, maestro ¿cómo veis vuestra propia naturaleza búdica?

Como única respuesta Siue-feng golpea levemente al monje tres veces en el hombro con su bastón. Este visita entonces a otro maestro llamado Yen-teu con el fin de plantearle la misma cuestión. Yen-teu le abofeteó tres veces.

Comentario de Nyogen

Si una persona estudia el budismo para escapar del sufrimiento, descubrirá que este sufrimiento viene provocado por su propia avidez, su propia cólera y su propia ignorancia. Mientras busca evitar estos tres sentimientos envenenados y purificar así su corazón, sentirá a veces su naturaleza de Buda tan bella y lejana como la luna llena, pero la mayor parte del tiempo no conseguirá ni siquiera percibirla. Está en estado de búsqueda ascética.

Por el contrario, si otra persona se propone estudiar el budismo para salvar a todos los seres dotados de espíritu, y es consciente de la verdadera naturaleza humana, percibirá la naturaleza de Buda en todos los seres humanos sin excepción. Podría observar las nubes, la lluvia y la nieve con tristeza, pero no considerará al sol como responsable. Cuando llega la noche, sabe que la luz brilla siempre en otras partes del planeta. Sabe que la humanidad es capaz de destruir estúpidamente las cosas, pero de la misma manera sabe que también puede construirlas sabiamente. Es un iluminado, un bodhisatva.

Las primeras afirmaciones del monje eran acertadas, pero si él las hubiera comprendido aunque hubiera sido sólo un poco, habría hecho mejor cualquier otra cosa que preguntar a Siue-Feng por su naturaleza de Buda. Mediante los golpes de bastón Siue-feng intenta hacer salir al monje de su error, pero este lleva su ignorancia con él ante el otro maestro, Yen-teu, donde recibirá una respuesta más drástica.

(“Cien koans zen”, de Nyogen Senzaki)

LA FRASE DE CHAO-CHAN

Un monje pregunta un día a Chao-chan:

- ¿Existe una sola expresión que no sea ni verdadera ni falsa?

Chao-chan respondió:

- Un trozo de nube blanca no sabe nada de la fealdad.

Comentario de Nyogen

Chao-chan fue el sucesor de Kia-chan, cuyo rigor era conocido en todos los monasterios. Chao-chan, después de haber soportado ese rigor, llegó a ser capaz de transmitir una enseñanza profunda por medio de una sola palabra o una frase corta.

En el fondo, el monje pregunta: "¿Cuál es la verdadera libertad, la verdadera emancipación?". Nos debatimos continuamente entre las redes de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal, del deseo y del aborrecimiento, mientras que el zen trasciende todos estos pensamientos dualistas. En el momento en que se comprende el zen de Chao-chan, los monstruos de la dualidad desaparecen. Chao-chan no evoca ni el absoluto ni la unidad, ni utiliza los términos tan queridos a ciertas jergas religiosas. Él deja todo esto a aquellos que hacen del proselitismo una profesión.

("Cien koans zen", de Nyogen Senzaki)

EL SERMÓN DE LO-CHAN

El señor Min-Wang hizo construir un monasterio cuya dirección estaría a cargo del maestro Lo-Chan. El señor Min-Wang le pide que pronuncie el primer sermón en la sala principal. En tanto que maestro director del monasterio, Lo-Chan se sienta en un sillón, pero no pronuncia una sola palabra si no es "adiós", antes de regresar a su habitación.

Algo más tarde, el señor Min-Wang se le acerca para decirle:

- Ni el sermón de Buda sobre la montaña de Gradharkuta supera lo que vos habéis enseñado hoy.

- Creía que vos erais ajenos al zen, y es ahora que descubro que sabéis algo de ello -respondió Lo-Chan.

Comentario de Nyogen

Normalmente, en un templo budista hay una estatua de Buda sobre un pequeño altar; pero un verdadero templo zen no posee ninguna imagen. Un maestro ocupa el puesto de Buda y se sirve del altar a modo de tarima. El crecimiento de un monasterio es tan lento como el de los árboles que lo rodean. El maestro, los monjes y los visitantes colaboradores plantan sus semillas, pero no esperan con impaciencia la floración final. Se alegran simplemente consagrando ese día a la meditación. Tal es la enseñanza de Lo-Chan, heredada directamente de Buda a través de generaciones de discípulos.

Cuando entré por primera vez en el zendó del monasterio que dirijo, no había ninguna imagen de Buda, ni ningún mueble excepto un taburete de piano. Me senté en silencio sobre el taburete y junté mis manos palma contra palma. Esa fue mi primera enseñanza en el zendó. Si alguien tiene la intención de pronunciar conferencias o escribir ensayos sobre el zen, que se acuerde del sermón de Lo-Chan y aprenda a decir "adiós" con alegría.

("Cien koans zen", de Nyogen Senzaki)

Bien. Para poner punto final a esta pequeña colección de kôans, y para aquellos que hayan tenido la paciencia de llegar hasta aquí, les ofrezco un pequeño diálogo tomado de un libro de Taisen Deshimaru, donde se muestra cómo un maestro Zen señala a su discípulo, mediante una serie sucesiva de respuestas que en sí mismas constituyen kôans, el camino a seguir para alcanzar el verdadero conocimiento:

Joshu preguntó al maestro Nansén: "¿Cuál es el verdadero camino?"

Nansén respondió: "El camino de cada día es el verdadero camino".

Joshu preguntó: "¿Puedo estudiarlo?"

Nansén respondió: "Cuanto más lo estudies, más te alejarás de él".

Joshu preguntó: "Si no lo estudio, ¿cómo puedo conocerlo?"

Nansén respondió: "El camino que seguimos no es el de las cosas que se ven, ni el de las cosas que no se ven. No es el de las cosas conocidas, ni el de las cosas desconocidas. No lo busques, ni lo estudies, ni lo nombres. Para alcanzarlo, ábrete con la amplitud del cielo".

(La práctica del Zen, de Taisen Deshimaru)